RESEÑAS

Gianfranco Pasquino, *La oposición*, 1998, Madrid, Alianza, 154 p.

El fin de las oposiciones

En los sistemas democráticos contemporáneos no siempre resulta sencillo establecer el lugar que debe ocupar la oposición. En términos generales y en principio, el gobierno debe dedicarse a gobernar y la oposición a oponerse. Sin embargo, de acuerdo a la teoría y a la práctica generalizada de la democracia, la alternancia invierte periódicamente estos lugares; el partido que en un período determinado está en el gobierno en el siguiente puede estar en la oposición, y esta interpolación altera notablemente a la misma función.

En efecto, en el pasado la mayor parte de las democracias occidentales contaban con grandes partidos antisistema, es decir, partidos que no buscaban sustituir al partido gobernante a través de elecciones, sino que pretendían echar abajo al sistema político en su totalidad, ya fuera por medio de una revolución o por otro recurso equivalente. En este caso, la oposición que presentaban al gobierno no era transitoria y circunstancial sino permanente, definitiva, lo que hacía que sus posiciones políticas fueran radicales.

Por el contrario, en la actualidad la mayor parte de los partidos en este tipo de democracias no son antisistema, son leales al sistema democrático y no pretenden destruirlo para alcanzar el gobierno, sino competir en las elecciones para ocuparlo.

Pero en todas estas democracias existen también partidos minoritarios que por sus propias características nunca llegarán a obtener la mayoría en las elecciones. A pesar de esto, lo más probable es que gran parte de ellos subsistan debido a que en muchos casos los sostiene un determinado sector social, es decir, su sobrevivencia se deberá a que son la representación de una minoría social y no la sola expresión de una minoría política. Sin embargo, aun en tales casos, estos pequeños partidos no están condenados a

RESEÑAS

permanecer permanentemente en la oposición, pues a través de alianzas y pactos políticos pueden formar parte de una coalición de gobierno y así tomar parte de él, lo cual es mucho más claro y frecuente en los sistemas parlamentarios que en los presidencialistas.

En efecto, se han ido los tiempos en que pertenecer a la oposición significaba la elección de una posición fija y permanente dentro del sistema político. Ahora la oposición es una situación transitoria y pasajera, de hecho, en muchas ocasiones no hay que esperar a que se cumpla todo el ciclo electoral para cambiar de posición, pues a través de acuerdos parlamentarios y partidarios es posible que un partido pase de la oposición al gobierno y a la inversa.

De esto se ocupa precisamente Gianfranco Pasquino en este breve ensayo, de la naturaleza y desempeño de la oposición política en las democracias contemporáneas. Su argumento central puede dividirse en dos partes: la primera sostiene que en las democracias modernas existe muy poca oposición; la segunda que, mientras algunos sistemas políticos permiten y propician esta escasa oposición, otros anulan la posibilidad.

Esta afirmación medio enigmática de que en las democracias modernas existe demasiado poca oposición, adquiere sentido por la manera en que es expuesta por Pasquino. Explica que uno de los rasgos más importantes de las mismas es que los partidos participantes en las contiendas electorales tienen francas aspiraciones de convertirse en gobierno. Además, en muchos países esta posibilidad se convierte en una alta probabilidad, sobre todo en aquellos que existen dos partidos predominantes, los cuales muy probablemente se alternen en el gobierno con cierta frecuencia.

Esta posibilidad real de los partidos para ocupar el gobierno provoca en muchas ocasiones que moderen en exceso su crítica hacia el gobierno o hacia las propias estructuras gubernamentales, dado que están conscientes de que en un futuro bastante previsible ellos mismos ocuparán el gobierno y entonces podrían sufrir una reversión de sus propias críticas.

En este mismo sentido, es conveniente observar que las democracias modernas se asientan sobre sociedades complejas y en permanente diferenciación, debido a lo cual los partidos se ven obligados a presentarse no como una opción representativa de una clase o de un sector social específico, lo cual limitaría significativamente las posibilidades de expansión de su base electoral, sino como organizaciones con una capacidad de representa-

RESEÑAS

ción social aglutinante. Actualmente para triunfar en las elecciones se requiere que los partidos se presenten como instituciones de un amplio espectro representativo, lo cual políticamente se traduce en la adopción de posiciones centristas y equilibradas, esto es, ningún partido desea ofrecer a los electores un rostro demasiado radical, en cierto sentido todos desean aparecer como conciliadores; quieren presentarse como de centro-izquierda o centro-derecha, moderadamente progresistas o moderadamente conservadores.

Esto lleva a Pasquino a interrogarse sobre la conveniencia de que algunos partidos conservaran permanentemente su calidad de oposición, esto es, no plantearse nunca la posibilidad de transformarse en gobierno y sostener así una posición de crítica y fiscalización permanente, como en el pasado hacían en cierta manera los partidos antisistema. Esto ofrecería la ventaja de que los líderes partidarios de esta oposición no tamizaran sus opiniones debido a una probable cooptación gubernamental o a la posibilidad misma de convertirse en gobernantes. Sin embargo, el mismo Pasquino reconoce la contradicción intrínseca de una proposición de este tipo, pues en la actualidad sencillamente no puede admitirse que haya partidos que por principio renuncien a convertirse en gobierno, esto es, que excluyan la posibilidad de poner en práctica sus ideas, propuestas y proyectos políticos. Por lo tanto, la función de la oposición política debe ser cubierta mediante otro medio que no sea el de una oposición doctrinal y permanente.

Una parte de esta solución es perseguir la unión de lo que Pasquino llama la *oposición social* y la *oposición parlamentaria*. De acuerdo con su planteamiento, la primera está formada por aquellos sectores sociales que se ven afectados por la política gubernamental, en tanto que la segunda por los partidos que se oponen al gobierno dentro del parlamento pero que no son expresión de la *oposición social*. De esta manera, el problema radica precisamente en esta separación; en que la *oposición parlamentaria* no corresponda a la *oposición social*, la cual, al no sentirse plenamente representada en el parlamento, en muchas ocasiones emprende movimientos sociales de protesta o, peor aún, se refugia en un *qualunquismo* partidario y político, es decir, en un total desinterés y apatía con respecto a todo lo que se refiere a los asuntos públicos.

Este problema se agrava si se considera que las instituciones democráticas de representación política están afectadas de un mal endémico y de difícil remedio, su limitada capacidad estructural de representación. Para explicar esto, Pasquino retoma el concepto de Dahrendorf y Glotz de *sociedad de*

RESEÑAS

dos tercios, que significa que en la sociedad contemporánea sólo dos terceras partes cuentan con recursos económicos, culturales, sociales y políticos, desigualdad que propicia que el tercio restante permanezca excluido de la confrontación política.

Por esta razón, Pasquino considera que es imperativo lograr que la *oposición social* sea también y al mismo tiempo una *oposición parlamentaria*, que los sectores sociales que se oponen a la política del gobierno cuenten con representantes parlamentarios que así lo expresen.

Para Pasquino, la izquierda es la fuerza política que debe asumir la obligación de cumplir la doble función de *oposición social* y *oposición parlamentaria*, y al mismo tiempo ofrecer la representación política al tercio de la sociedad que carece de ella.

En términos generales, Pasquino tiene razón con esta observación, sin embargo, no se detiene a considerar que la dinámica misma de la democracia moderna ha obligado a los partidos de izquierda a asumir posiciones menos radicales y, atendiendo a la composición del mercado electoral, a considerar los intereses de los ciudadanos que sí votan, o que tienen cierta presencia en la opinión pública, lo cual complica seriamente la conciliación de estos dos objetivos: conquistar el gobierno por la vía electoral y representar a ese tercio de la población marginado. Además, pareciera que Pasquino confiere exclusivamente a la izquierda la capacidad de representación social, lo cual no resulta del todo preciso, puesto que los partidos conservadores o de derecha son también expresión de una parte de la sociedad, tal vez minoritaria, pero representación al fin.

La segunda parte del argumento consiste en distinguir que existen algunos sistemas democráticos que se prestan mejor para la existencia y el desarrollo de la oposición. Para Pasquino, la esencia de un sistema democrático radica precisamente en la posibilidad y en la verificación de la alternancia en el gobierno. El partido que obtiene la mayoría de los votos en las elecciones adquiere por ello el derecho de gobernar, de poner en práctica su proyecto de país y las políticas públicas conducentes a ello. Por el contrario, el o los partidos que pierden las elecciones no solamente pierden con ello la facultad de participar en el gobierno, sino que el mensaje emitido por el electorado es que deben estar en la oposición. Estos partidos no pueden formar parte de un gobierno al que no fueron postulados, sino que desde la oposición deben emprender una crítica consistente y continuada de la gestión gubernamental, lo cual no sólo satisfaría una importante función fiscalizadora sobre la

RESEÑAS

actividad de gobierno, sino que además permitiría que el electorado observe y aprecie esta posición crítica y alternativa, la cual tendría oportunidad de convertir en gobierno en las siguientes elecciones.

Sin embargo, no todos los sistemas democráticos permiten u ofrecen esta posibilidad. La alternancia ha sido una característica notable y distintiva de la democracia mayoritaria, en cambio, la democracia consensual, consociativa, proporcional, ha sido incapaz de instituir la. En efecto, la alternancia en el gobierno ha sido un rasgo propio de los sistemas políticos que han adoptado el modelo Westminster, esto es, el modelo construido sobre la base de las instituciones políticas inglesas. Por el contrario, los sistemas políticos que han optado por el modelo de la democracia consensual han sido incapaces de propiciar el relevo gubernamental periódico. El caso más renombrado de este modelo es precisamente el de Italia, la cual ha carecido de alternancia en el gobierno durante casi toda la segunda mitad del siglo XX.

A pesar de que Pasquino dedica la mayor parte de su ensayo a examinar los aspectos teóricos sin referirse a ningún caso específico, salvo en el último capítulo, cuando se refiere a la oposición en Italia, es evidente que su inquietud intelectual está animada específicamente por el análisis del sistema político de su propio país.

Como es de sobra conocido, desde el fin de la Segunda guerra mundial Italia ha estado gobernada por la democracia cristiana, o por una coalición partidaria encabezada por ella. No fue sino hasta principios de la década de los noventa que debido a los escándalos de corrupción política y otras deficiencias estructurales que la DC fue desplazada del gobierno, sufriendo a continuación una crisis que culminó con su desintegración. No obstante, el problema no se ha resuelto con la caída de ese partido, pues a pesar de que desde 1993 el sistema proporcional ha sido sustituido por uno esencialmente mayoritario, ningún partido ha podido obtener una mayoría que le permita formar gobierno por sí sola, o al menos obtener un amplio margen para encabezar claramente la coalición gobernante. En las dos elecciones que se han realizado hasta ahora (1994 y 1996), los partidos más grandes han obtenido apenas alrededor del 20%, lo cual los ha colocado en una situación de franca debilidad y permanente inestabilidad gubernamental.

Aunque Pasquino no lo dice explícitamente, en el caso de Italia una oposición definida y consecuente es el reverso lógico de un gobierno estable y sólido. De hecho, ése es uno de los objetivos más anhelados de la reforma institucional en la que se ha estado trabajando durante los últimos cinco

RESEÑAS

años en ese país. La reforma persigue una estructura institucional que dote de estabilidad y permanencia a los gobiernos. Esta necesidad queda totalmente justificada si se considera simplemente que durante los últimos cincuenta años Italia ha tenido más de cincuenta gobiernos, esto es, un promedio de menos de un gobierno por año.

Sin embargo, independientemente del caso italiano, Pasquino tiene toda la razón al llamar la atención sobre la escasa oposición que existe en las democracias contemporáneas, y sobre la necesidad que existe de llenar el vacío que dejaron las antiguas oposiciones, cuya permanente crítica y presión atraía la atención no sólo sobre la actividad del partido gobernante, sino también sobre el rumbo que estaba siguiendo la sociedad en su conjunto.

Pero la dinámica institucional de las democracias contemporáneas es todavía más compleja. En efecto, se requiere que en un sistema político democrático exista una oposición que ofrezca una alternativa al electorado y fiscalice la actividad del partido gobernante, pero también de instituciones independientes de los partidos que regulen y vigilen su funcionamiento, asimismo se requiere de tribunales electorales que diriman transparentemente las posibles controversias que la contienda pueda propiciar y, en fin, se requiere de todo un complejo sistema institucional mediante el cual se propicie que los partidos cumplan de la mejor manera con la función de representación política que tienen encomendada.

198

Por otro lado, es cierto que en términos generales el modelo Westminster ha demostrado permitir y fomentar la alternancia en el gobierno, pero no es conveniente ignorar sus efectos distorsionadores en el sistema de partidos y los otros muchos vicios parlamentarios que fomenta, tal como lo ejemplifica el sistema de Estados Unidos.

Sin embargo, cuando un sistema político como el italiano ha demostrado estar corroído por tal cantidad de perversiones vale la pena ensayar todos los remedios posibles. En ese sentido es en el que está comenzando a avanzar la democracia italiana, y una de las intenciones más importantes de Pasquino es contribuir a la reflexión y debate sobre la mejor reforma posible.

ROBERTO GARCÍA JURADO
Departamento de Política
y Cultura UAM-X